

## AMBICION.

### I.

*Accessit ad eum mater filiorum Zebedæi adorans et petens aliquid ab eo.*

Se acercó á Jesús la madre de los hijos de Zebedeo, y le adoró, manifestando querer pedirle alguna gracia.

(*Matth. xx, 20.*)

Cristianos, si nos sorprende la ambiciosa pretension de la madre de los apóstoles Juan y Santiago, mucho mas debe de sorprendernos la audacia de sus dos hijos. *Queremos*, dicen al Hijo de Dios, *que nos otorgues cuanto pidiéremos: Volumus ut quidquid petierimus facias nobis.* MARC., x, 35. ¿Puede subir á mas alto punto la codicia? Pues no se contentan con eso. Habiéndoles preguntado el Salvador si podrian beber su caliz, al instante, sin titubear ni preguntar qué es este caliz, responden: Si podemos: *Possumus.* ¿Puede ir mas allá la presuncion? En estas dos expresiones, que nos descubren la disposicion de su corazon, ¿no advertís, hermanos míos, los dos desórdenes aparejados naturalmente á la ambicion? Una codicia insaciable: *Volumus*: una presuncion insoportable: *Possumus.* El ambicioso lo quiere todo y se cree capaz de todo. Mas lo que debe de infundirnos aversion á estos dos desórdenes es la injusticia de aquella codicia, y la ceguedad de aquella presuncion; dos consideraciones en que dividiré mi discurso. La injusticia del ambicioso en el ansia de sus deseos, será el primer punto: la ceguedad del ambicioso en el ansia de sus deseos, será el segundo. Imploramos la asistencia del divino espíritu, poniendo por intercesora á la Madre de la gracia. A. M.

1. La injusticia aparejada al ansia del ambicioso, aparece principalmente en el agravio que hace á los particulares que aspiran á

las dignidades, en la violencia que hace á las potestades que las distribuyen, y en la injuria que hace á la providencia de Dios, primer autor de ellas; tres suertes de injusticia expresadas en estas odiosas palabras: *Volumus ut quodcumque petierimus facias nobis.*

San Cirilo ha notado, que lo que dió márgen á la atrevida petition de los dos hermanos fué la promesa que acababa de hacer el Salvador á todos sus apóstoles; es á saber, que al tiempo de la restauracion de su gloria, los que le hubiesen seguido, se sentarian sobre doce tronos y juzgarian con él á las doce tribus de Israel: *Sedebitis et vos super sedes duodecim.* MATTH., XIX, 28. Basta esto para excitar en los dos indiscretos discípulos un deseo extremado de preferencia, y hasta para disgustarlos del lugar que les es prometido, á ménos que no vaya realzado con el esplendor de la primacia, sentándose el uno á la derecha y el otro á la izquierda.

Esta pretension temeraria de primacia indigna á los otros diez discípulos. Todos ellos habian escuchado con respeto la promesa de su Maestro: descansaban en él, respecto de la distribucion de asientos; y encontraban cada uno su lugar y su empleo en el número de tribunales y de tribus, que habian de ser juzgadas. Mas el deseo orgulloso de dos ambiciosos viene á encender la envidia, la discordia y la indignacion en el corazon de los diez, que se ven repulsados por una pretension tan insensata. Porque ¿quién no se hubiera ofendido, viendo que los mas jóvenes arrebatában á los mas ancianos los empleos que piden mas experiencia y madurez, y que una madre intrépida se alzaba con maña y por su importunidad con unos honores en que apenas osaban fijar los ojos los mas dignos? Si se hubiera tratado de solicitarlos, ¿no tenia Andrés á su favor sus antiguos servicios y el mérito personal de haber seguido el primero á Jesucristo? Pedro, escogido ya para fundamento de la Iglesia, ¿no tenia la palabra de su Maestro por fianza de su primacia? Magdalena y Marta su hermana, que se habian distinguido por su hospitalidad para con el Salvador; ¿no tenian un derecho especial á las liberalidades y aun al reconocimiento de éste? Y si el Señor hubiese sido accesible á las solicitudes, ¿no podian ellas esperarlo todo para su hermano?

Asi que es materia de la murmuracion y del escándalo público, que los que tienen los títulos mas evidentes para alcanzar las recompensas se vean defraudados de ellas por las intrigas de la ambicion: que los mas importunos triunfen de los mas modestos; y que los que mas colmados están de honores no puedan saciarse nunca. A vista de los ambiciosos, que todo lo devoran, ¿qué puede hacer

el verdadero mérito olvidado y degradado, sino quejarse, fastidiarse del trabajo, aflojar en la diligencia y actividad que da la emulacion sostenida por la esperanza, pasar muchas veces en la ociosidad la vida que se habia consagrado al bien público, y privar así al Estado de los frutos del talento, del valor y de la sabiduria de los hombres grandes? Pero si la ambicion es injusta, quitando á los particulares los honores que le son debidos, todavía lo es mas en la violencia que hace á las potestades que los distribuyen.

Llámpese como se quiera el esfuerzo de la ambicion para captarse el favor de los magnates, digo, que las mas veces es una extorsion violenta, un ascendiente, que cobra su voluntad á pesar de ellos mismos. Aquellos á quienes comete Dios la distribucion de las dignidades, saben demasiado la obligacion y aun el interés que tienen en unir siempre la justicia á su liberalidad, y no perder sus beneficios arrojándolos en unos abismos, que no pueden llenarse. Y asi como es una gran satisfaccion para el que manda, hacer felices á sus súbditos y contentar á todos si pudiera; por el contrario, es un verdadero disgusto no hacer con las dádivas y mercedes mas que famélicos, ingratos y descontentos, que nunca se tienen por dignamente retribuidos, que conseguida una gracia se atreven á pedir otra, y que miran las otorgadas á los demas como hurtos que se les hacen á ellos. No, no se abren con gusto las manos para derramar beneficios sobre tales personas; y si los consiguen, es á fuerza de importunidades, que violentan y deslumbran muchas veces á la justicia misma.

Fijémos la atencion en lo que hace la madre de los hijos de Zebedeo. ¿En qué términos se expresa? Dí que mis dos hijos se sienten á tu lado, uno á la diestra y otro á la siniestra, en tu reino: *Dic ut sedeant hi duo*. Esto es pedir en la apariencia; pero, en la realidad, es mandar: *dic*. Con esta palabra manda ella con altanería, y prescribe al Salvador lo que ha de mandar y hacer. A ejemplo de la madre responden los hijos con la misma temeridad: Queremos, *volumus*. Esto es hablar como dueños y señores, no como suplicantes.

Es verdad, que al pronto no se emplea esta osadía y este tono imperioso para forzar á la autoridad á que satisfaga los deseos de la ambicion, sino que se usa de la maña y de la destreza. Se empieza adorando y pidiendo, *adorans et petens*: se echa mano de la sumision, la docilidad, la complacencia y la sumision. Una vez insinuado el ambicioso en el corazon del que manda, por entre el humo y el incienso de la adoracion, se cree entónces en estado de hablar con confianza, de pedir con altivez, de esperararlo todo, de atreverse á todo, y muchas veces de conseguirlo todo, *adorans et petens*.

Y ¿cómo se ha de sostener la dignidad, la justicia y el honor de la liberalidad contra estas insinuaciones caprichosas de la ambicion? Acordándose entónces de la importante verdad con que el hijo de Dios reprimió la ambicion de sus dos discípulos: *Non est meum dare vobis*. No me toca á mí concederos esas dignidades, sino á mi Padre, cuyo primer ministro soy, y que tiene ya dispuesto de ellas.

¡Ah! Si las potestades de la tierra levantáran así los ojos á su soberano celestial en la distribucion de las mercedes y dignidades, conocerian, que no están destinadas éstas para el ambicioso, excluido de obtenerlas como indigno y capaz de abusar de ellas, y que Dios se ha propuesto resistir á los soberbios. David fijaba la atencion en las personas que le rodeaban y á quienes honraba con su amistad, y no admitia á su confianza los hombres de vista soberbia y corazon insaciable: *superbo oculo et insatiabili corde*; sino que buscaba los que eran fieles para sentarlos á su lado: *Oculi mei ad fideles terræ, ut sedeant mecum*. Así ponía á salvo su justicia y liberalidad de la violencia y de los lazos de los ambiciosos.

Creo haberos mostrado cuán injusta es el ansia del ambicioso: *volumus*: ahora os haré ver cuan ciega y á las veces funesta es su presuncion: *possumus*.

2. Los que arrebatados de su ambicion tienen la temeridad de estimarse capaces de los honores y decir: *possumus*; deben persuadirse á que nuestro Señor hablaba con ellos cuando decia á los hijos de Zebedeo: No sabeis lo que pedís. Vuestra presuncion os ciega y os hace desdichados.

¡Qué ceguedad en la presuncion de esta madre! Quiere que sus dos hijos, tales como son, se sienten á la derecha y á la izquierda de Jesús en su reino. ¿Quiénes son ellos? ¿Qué calidades y qué disposiciones traen para ocupar un lugar tan preeminente? Son unos pescadores, hábiles á lo sumo para gobernar su barca y manejar sus redes; y ¿qué relacion tiene una barca con un reino? Son unos espíritus duros, ardientes é impetuosos, apellidados por eso hijos del trueno, y reprendidos ya por Jesucristo á causa de haber querido castigar á los Samaritanos con el fuego del cielo. Si tales personas rodearan á los reyes, en vez de contener á los súbditos en el deber y los vecinos en el respeto, encenderian el fuego de la rebelion y de la guerra por todas partes. Son dos, y los dos los propone para confidentes del monarca: ¿dónde se ha visto dividido este cargo sin daño y sin peligro? Basta que sean dos para tener envidia, para contrariarse, para dividir la corte y desmembrar el Estado, para sacrificar el bien público y aun el interés del principe á sus celos. Pero son hermanos,

se dirá; sí, pero los dos son ambiciosos, y la ambicion no conoce parentesco. Para encumbrarse están ahora acordes y se aman como hermanos; mas no tardarán en volverse enemigos para batirse. ¡Cuántos se han unido con los vínculos de la amistad para pelear, y despues de vencer se han degollado por repartir el botin! La ambicion los une; la ambicion los separará y los perderá. Pretende la madre, que sus hijos se sienten en el reino de Dios, como si el trono y la silla de juez se hubieran hecho para el descanso y holganza de los que los ocupan, para recibir los homenajes de sus súbditos é inferiores. Esa es la idea que se forma el vulgo; pero ¡cuánto dista de la realidad! Por consiguiente, obraban ciegos la madre de Santiago y Juan, y éstos apóstoles, así como cuantos, siguiendo sus huellas, corren en pos de las dignidades. A trueque de apoderarse de ellas, no reparan en los medios; ni son mucho mas escrupulosos para mantenerse en la posesion, una vez que han llegado á alcanzarlas. No conocen en su ceguedad, que tienen tantos enemigos que combatir cuantos son los agraviados con su inmerecida elevacion, ó los envidiosos de su privanza y poderío, en fin, todos los que presencian tanto engrandecimiento y anhelan á poseerle. Mas dado que por todos esos lados estuvieran seguros y no tuviesen nada que temer; ¿no caen en la cuenta, que deben de temer á Dios? ¿Ignoran, que los que forman proyectos sin él, los que siembran, recogen y edifican sin él, siembran, recogen y edifican en vano? ¿Han olvidado, que Dios se complace en derribar las casas de los soberbios, secar las raices de su grandeza, y aniquilar su memoria? Todas estas expresiones, que os parecerán extrañas, se encuentran literales en los profetas y en los oráculos sagrados: *Radices gentium superbarum arefecit et dispersidit, et cessare fecit memoriam eorum à terrâ: domum superbiorum demolietur.* Eccli. x, 18, 20. Aunque fuerais tan altos como los cedros del Líbano, Prov. xv, 25, y tan profundas las raices de vuestra fortuna, él sabrá arrancarlas. Ahora os creéis firmes, y en vuestro concepto serán necesarios siglos para conmovier vuestra casa. El Señor se burla de vosotros, porque vé que llegará su día: *quoniam prospicit quòd veniet dies ejus.* Vendrá un día en que se dirá como David: Yo le ví arrogante y floreciente: di una vuelta al mundo y volví atrás: ya no existia él ni el lugar de su mansion y su placer. SALM. xxxvi, 15. Este lugar será la mansion y el deleite de otro, tal vez estará destruido y reducido á cenizas como él. El dueño y la casa se habrán desvanecido como el humo: *Quemadmodum fumus deficient.* SALM. xxxvi, 20. Mirad el humo, y retened en la memoria estas tres palabras de san Gregorio el Grande: *Ascendit, tumescit,*

*evanescit.* El humo sube de la tierra, *ascendit*; se extiende y desparanrama, *tumescit*; y por fin se disipa y desvanece, *evanescit.* Así es el engrandecimiento del ambicioso como el del humo. Sube y se encumbra; ya es dichoso: se hincha y desvanece; ya está soberbio: al cabo desaparece; ya está perdido.

Si David, que habia vivido tanto tiempo y habia visto tantas revoluciones, echa mano en tantos lugares de esta imágen de lo porvenir, para consolarse de la elevacion de los malos y remediar el escándalo que recibian sus vasallos; si les anuncia la caida de los soberbios como un acontecimiento cierto; si no tiene otro medio de justificar á la Providencia, que permite el engrandecimiento de aquéllos para hacer resplandecer su justicia abatiéndolos; ¿nos atreveremos á dudar del cumplimiento de sus amenazas? Y ¿quién es el ambicioso tan temerario, que se lisonjea de que no se dirigen á él? David, transportándose con el pensamiento á los años anteriores de su reinado y á los siglos pasados, exclamaba, admirado de la ruina de los soberbios: ¿Cómo cayeron en desolacion? *Quomodo facti sunt in desolationem?* SALM. lxxii, 19. Pronto, pronto perecieron por su iniquidad: *Citò, citò perierunt propter iniquitatem suam.* Y de aquí, elevando su espíritu á lo futuro, y dando á los vivos una leccion con el infortunio de los muertos, añadia: Señor, reducirás á la nada la imágen de los ambiciosos y soberbios como un sueño: *Velut somnium imaginem ipsorum ad nihilum rediges.*

Cuando los ministros del Evangelio predicamos estas verdades, nos escuchais como á unos declamadores ignorantes de las cosas del mundo, y nos señalais con el dedo los tesoros y las grandezas levantadas sobre los mas injustos fundamentos. Pero no debeis objetarlas á mí ni á mis palabras: yo no hago mas que citar los oráculos. Objetadlas á David, que era un sabio, un profeta, un hombre de Dios y á mas de eso un rey, que sabia el rumbo de las cosas del mundo, y tenia á la vista los acontecimientos de su reinado y de los precedentes: aun se habia visto obligado á tolerar muchas veces estos ídolos de la fortuna y dejarlos impunes; porque no está en la mano de los reyes arrancar de todas sus tierras la eizaña que sofoca la buena semilla. Pero lo que sabia sin duda, y nos declaraba como profeta, es que lo que él toleraba, á su pesar, no lo sufría Dios: que el Señor tenia sus tiempos y sus medidas fijas para arrancar de cuajo á los ambiciosos: que este tiempo era breve: que la soberbia de aquéllos era una fantasma, un sueño, humo: que su odiosa grandeza difícilmente pasaria á sus hijos, y que aun costaria trabajo, que subsistiese sobre su cabeza. Cuando leéis todo esto en los Libros santos, os quedais

á manera de los ciegos, sin ver ni comprender: pues leedlo en el gran libro del mundo y en las historias de los tiempos; que no hay necesidad de un prolijo estudio. En cada siglo, en cada nacion y en cada condicion, ¡cuántas pruebas sacareis de la vanidad de los proyectos de los hombres, y de la inutilidad de todas sus precauciones para transmitir á su posteridad el fruto de sus crímenes y eternizar el edificio de su ambicion!

Me dirijo, pues, á todos los que se sienten abrasados de esta odiosa pasion, como el profeta Isaías se dirigia al justo Ezequías, IV REG., xx, 14; y del ejemplo de un santo rey hago un remedio para la soberbia de todos los hombres. Este principe famoso, entre todos los reyes de Judá, por su zelo y piedad y por las gracias de toda especie que habia recibido de Dios, se olvidó de su deber en una ocasion, en que debiera haber renovado su agradecimiento y mostrado su fidelidad. Llegaron á su corte unos embajadores de Babilonia, y en vez de referir á Dios la gloria de su reinado, se ensoberbeció, por el contrario, *elevatum est cor ejus*. PARALIP. xxxii, 25, y le pareció bastante afirmada su pujanza para poder envanecerse impunemente. Ostentó fastuoso delante de los embajadores todos sus tesoros, montones asombrosos de oro y de plata, de perfumes y piedras preciosas, y un aparato militar extraordinario, como un auxilio más seguro que el de Dios contra las potencias enemigas: en una palabra, enojó á Dios: *Elevatum est cor ejus et facta est contra eum ira*. Y ¿dejó Dios á su siervo en las tinieblas de esta presuncion? No, cristianos; le sacó de ellas por un medio, á la verdad amargo, pero necesario para su salud y para la de todos los que presumen de su poder y grandeza. Presentásele Isaías y le dice: Tú has mostrado á estos extranjeros todo lo que puede hacer temible tu poderío: no solo les has abierto todos los tesoros de tus riquezas, sino todos los arcanos de tu corazon: ya estás contento; pero Dios no lo está. Al mismo tiempo le descubre una aciaga suerte para lo venidero, acontecimientos enteramente contrarios á sus esperanzas: le hace ver todos sus tesoros disipados, todos sus planes trastornados por la impiedad, la licencia y profusion de su hijo y de sus demas descendientes, y ellos y su trono y su ciudad víctimas de los asirios.

Penetrad, hombres ambiciosos, por entre el tupido velo de las ilusiones de vuestra soberbia, y vereis la negra suerte que os amenaza. ¿Esperais que Dios os envíe á cada uno un profeta como á aquel rey de Judá, para que os entere de las consecuencias de la ambicion? ¿No son otros tantos oráculos para vosotros, los sucesos ocurridos de cien años acá en tantas casas antiguamente tan enalte-

cidas y pujantes, y ahora tan oscuras y abatidas? ¿Y quién puede libraros del peligro de correr la misma suerte? El uso presente que haceis en público de vuestra prosperidad, enseña á vuestros hijos el que deben de hacer ellos si quieren seguir vuestras huellas. No ignoran vuestros sentimientos, vuestras pasiones, lo que pasa en vuestro corazon, el camino que habeis escogido para levantarlos á esa grandeza. Conocen que son vuestros ídolos, que los sacrificais hasta vuestra alma, y que os condenais por ellos. Lo que de ahí resultará, es, que habiendo recibido de vosotros las lecciones de la ambicion, de la delicadeza y de la profusion; los ejemplos del desprecio de la religion, de la razon y del honor, destruirán, condenándose, las riquezas desmedidas y la asombrosa grandeza que les habeis adquirido, condenándoos; á ménos, que no os apresureis, á ejemplo de Ezequías, á preservar de la ira de Dios vuestra alma, mas bien que vuestras dignidades y tesoros por una humillacion pronta, voluntaria y sincera. Y ¿qué hizo el santo rey? Bajó la cabeza á los golpes de la Providencia, y reconoció la justicia y aun la bondad de Dios en el cuidado que tenia de humillarle: *Bonum verbum Domini quod locutus est*, ISAI. xxxix, 8, exclamó. Bendito seas, Señor: la sentencia salida de tu boca, mas bien es en mi favor, que contra mí. Si es dura y sensible para mi soberbia, es provechosa para mi salud eterna, y esta debe de ser la única ambicion del hombre. Levantemos, pues, á ese noble fin todos nuestros deseos; y con la gracia divina, y mediante nuestras buenas obras, podremos conseguir una silla en aquel reino eterno y bienaventurado, donde reinan el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.

## AMBICION.

### II.

*Quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister.*

Quien aspirare á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado.

(*Matth. xx, 26.*)

No hay lengua que pueda expresar los desórdenes que en todos tiempos ha causado la ambicion. Esta pasion vituperable produce en nuestros dias innumerables males. Por eso vamos á combatirla; y para desarraigarla de vuestros corazones y destruirla, emplearé toda la fuerza y eficacia de la palabra de Dios.

A fin de hacérosla conocer y de producir en vosotros el justo horror con que se ha de mirarla, es necesario considerar sus caracteres ó señales, que vamos á reducirlos á tres; y son, la ceguedad, la presuncion, y la envidia que excita, ó el odio público que nos atrae. Es ciega en sus pretensiones, presuntuosa en sus juicios, odiosa en sus efectos. Y ¿qué remedio hay contra esto? No hay otro sino la humildad santa, que tan eficazmente se nos recomienda en el santo Evangelio, y que puede moderar y corregir por sí sola un deseo desordenado de ostentacion y engrandecimiento. Y si la ambicion, segun su primer carácter, es ciega en sus solicitudes, la humildad es la que debe rectificar los designios engañosos y falsos. Si la ambicion, segun su segundo carácter, es presuntuosa en sus juicios, la humildad es la que debe abatir esta grande estimacion de nosotros mismos, y de las cualidades que nos figuramos tener. En fin, si la ambicion es, segun su tercero y último carácter, odiosa en sus consecuencias, la humildad es la que debe prevenirlas; y en cualquier altura á que nos veamos encumbrados, nos mantendrá siempre unidos al prójimo con el corazon. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No hay pasion alguna, que nó ciegue al hombre y que no le haga ver las cosas con una exterioridad y aparente vislumbre, en la que le parezcan todo aquello que no son, y en la que nada vea de lo que son en sí. Pero se puede decir, amados oyentes, y es verdad, que este carácter conviene particularmente á la ambicion. Como la ciencia del bien y del mal fué el primer fruto que buscó el hombre, y que se atrevió á prometerse cuando se dejó arrastrar de la vanidad de sus deseos; así la ignorancia y el error es la primera pena que experimentó y á la que Dios le condenó para castigar su orgullo y confundirle. Él quiso, elevándose sobre sí mismo, conocer las cosas como Dios: *Eritis sicut dii scientes bonum et malum.* GEN. III, 5. Y Dios le humilló, quitándole aun los conocimientos útiles y saludables, que como hombre tenia. Entregado á su ambicion, vino á ser con su pretendida ciencia ménos inteligente y sabio, que un niño á quien falta el juicio y la conducta: y pareció que todas las luces de su razon se habian eclipsado, desde que concibió el designio de subir á un grado mas alto que aquel en que Dios le habia colocado. Ved, amados oyentes míos, el punto de moral que nuestra religion nos propone como un punto de fe; y es tan indisputable, que los filósofos paganos lo han reconocido. Por mas ambiciosos que hayan sido aquellos sabios del mundo, han confesado, que en esto mismo estaban ciegos; y nunca han parecido ni mas juiciosos ni mas elocuentes que cuando se han aplicado, segun lo vemos en sus obras, á descubrir y á manifestar las tinieblas sensibles que la ambicion acostumbra á derramar en un espíritu. Este era el asunto ordinario en que lucian y triunfaban.

En efecto; considerando la cosa en sí misma, y sin examinar lo que en este punto ha pensado la filosofia humana; ¿qué ceguedad no es para un hombre, que en su origen es la misma bajeza, querer con todo empeño hacerse grande, ó, desesperado de serlo, querer, á lo ménos, parecerlo y afectar la exterioridad y la apariencia! ¿Qué ceguedad no es desear siempre lo que no tiene, y no contentarse jamas con lo que tiene! ¿Qué ceguedad no es, y aun tambien, que especie de encanto, empeñarse en padecer tantas miserias por un fantasma de honor, que nada tiene de sólido, que no da el mérito, ni por lo comun tampoco lo supone; que antes bien contribuye á hacerle perder: que no subsiste sino en la idea de algunos hombres engañosos; que se hace el juguete del capricho y de la inconstancia; y que, á lo mas, no puede extenderse sino al tiempo de una vida corta, para desaparecer prontamente en la muerte, y para desvanecerse como humo y vapor!

Este es el modo con que ha hablado Salomon, el mas iluminado de todos los reyes, y así es como lo habia conocido por experiencia propia. Ved lo que nos ha representado muy bien y lo que ha comprendido en dos palabras, cuando llorando sus pasados errores, dice: Yo he querido satisfacer mi deseo, y nada he omitido ni excusado á este fin. Yo he construido soberbios palacios; he amontonado tesoros sobre tesoros; he hecho lucir el poder y magnificencia de mi reino, y lo he empleado todo en elevar y aumentar mi grandeza. Pero bajo de tan bellas apariencias no he hallado sino afliccion de espíritu y vanidad: *Et ecce universa vanitas, et afflictio spiritus.* ECCLES. I, 14.

2. Apenas podia volver en sí san Bernardo de la admiracion y asombro que le causaba el considerar, por una parte, todo lo que la ambicion acarrea de inquietudes, de sobresaltos, de turbaciones, de agitaciones, de dolores interiores y desesperaciones; y ver, por otra parte, tantos ambiciosos, y lleno el mundo de gentes poseidas de una pasion tan cruel, y que ellos mismos son los que la mantienen y alimentan en su seno. ¡Oh ambicion! exclamaba este Padre; ¡por qué especie de encanto sucede, que siendo tú el suplicio del corazon, en que has nacido, y en que ejerces tu imperio, no hay persona, no obstante, á quien no agrades, y que no se deje sorprender del atractivo lisonjero que le presentas: *O ambitio, quomodo omnes torquens, omnibus placet!* BERNARD. No busquemos otra causa mas que la ceguedad en que precipita al ambicioso. Ella le manifiesta, por término de sus diligencias y fatigas, un estado floreciente en que nada tendrá ya que desear, porque sus deseos se verán cumplidos; en el que gozará el placer y gusto mas dulce para él, y que mas sensiblemente le habia movido; es á saber, de dominar, mandar, ser árbitro en los negocios y dispensador de las gracias y de los beneficios. Pero, en el fondo, esto no es mas que una idea; y lo que hay aquí mas real es, que, para llegar á esto, es necesario andar un camino lleno de espinas y de dificultades: pero, ¿de qué espinas y dificultades? Atended.

3. Para llegar á este estado, en que la ambicion se figura tantos embelesos, es menester tomar mil medidas y precauciones, todas igualmente molestas, y todas contrarias á sus inclinaciones. Son menester muchas reflexiones y estudios; formar pensamientos sobre pensamientos; designios sobre designios; contar todas sus palabras; componer todos sus movimientos; y tener una atencion perpétua y sin descanso, ya sea sobre sí mismo, ya sea sobre los otros. Para contentar, pues, una sola pasion, que es la de elevarse á este estado, es menester exponerse á ser la presa de todas las pasiones; porque ¿acaso hay en nosotros alguna, que la ambicion no suscite con-

tra nosotros mismos? ¿No es ella la que, segun las diferentes circunstancias y ocasiones, y los varios sentimientos que la mueven, ya nos aflige con los despechos mas amorosos, ya nos envenena con enemistades mortales, ya nos inflama con iras las mas violentas, ya nos agobia con las mas profundas tristezas, ya nos consume y deseca con las mas fieras melancolias, ya nos devora con las envidias mas crueles, y, en fin, la que hace sufrir á un alma como una especie de infierno, y que sea despedazada con mil verdugos interiores y domésticos? Para llegar, pues, á aquel estado que pretendemos, y para abrirse paso al través de todos los obstáculos que nos cierran el camino, es menester entrar en guerra con los competidores, que aspiran á aquel puesto igualmente que nosotros; que descubren nuestros designios y diligencias; que desordenan nuestros proyectos; que nos detienen nuestros pasos; para lo cual es menester oponer crédito á crédito, protector á protector, y sujetarse á ejecutar con frecuencia acciones las mas enfadosas, tolerar mil desaires, digerir mil disgustos, hacer mil movimientos, no ser dueño de sí mismo y vivir en el tumulto y la confusion. Así, en la esperanza de subir á un grado á que no se llega en un momento, es menester soportar dilaciones y demoras capaces, no solo de ejercitar, sino de apurar toda la paciencia; lo que durando muchos años, es menester penar con la incertidumbre del suceso, siempre vacilante entre la esperanza y el temor, y, por lo comun, despues de infinitas dilaciones; teniendo aun el terrible disgusto de ver estancadas y con mal suceso todas sus pretensiones; y no logrando por recompensa de tantos pasos, tan desgraciadamente perdidos, sino la rabia y el enfado en el corazon, y la vergüenza y bochorno delante de los hombres.

Aun digo mas: que despues de lograr el estado y dignidad que apetece, bien lejos de poner límites á la ambicion y de apagar el fuego, no sirve sino de irritarla mas y encenderla, pasando de un grado á otro; de modo, que nada hay á que no se incline, ni nada en que se fije; nada que no se quiera poseer, ni nada que se disfrute; siendo todo esto una continua y perpétua sucesion de designios, de deseos y de empresas, y, por una consecuencia necesaria, un perpétuo tormento. Mirad á Aman: ¿qué le faltaba? Él era el favorecido del príncipe, era el mas opulento y poderoso de toda la corte de Asuero; pero Mardoqueo, sentado á la puerta del palacio no le hacia cortesia, y por el resentimiento y disgusto que de esto concibió, llegó á ser desgraciado en medio de todo cuanto puede hacer al hombre feliz. Así, tanto como le ha costado el establecerse en aquel estado, otro tanto le debe costar el mantenerse en él. ¿Cuántos lazos